LA NOVELA DE HOY

30 CTMS

151

FELIPE SASSONE

DEMETRIO

Navegar

LA NOVELA DE HOY

DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: Mendizábal, 42.—Teléfono 24-53 —Apartado 473.

Año IV || Madrid, 3 de abril de 1925 || Núm. 151

NAVEGAR

NOVELA POR

FELIPE SASSONE

Ilustraciones de DEMETRIO



MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1925

Gloria al latín che disse, non nessesario vivere ma navigare é nessesario.

GABRIELE D'ANNUNZIO.

Marchez, fuyez toujours. Ecouter l'instinct de partir, de vous plongez livre, en plein éther.

PAUL ARENE.

I



ABÍA terminado el primer acto de *La tempestad.* Demetrio púsose de pie, batió unas palmas en honor de los intérpretes y luego, cuando la sala volvió a iluminarse, paseó por ella sus gemelos y los detuvo un instante en el hueco de un palco entresuelo, sobre el busto breve, sobre el oro viejo de los cabellos, sobre el rostro de porcelana, sobre los claros ojos celestes de una chiquilla dulce y melancólica como la virgen de una leyenda germana. Le sonrió un instante, devolviendo la casta y muda caricia que ella le hiciera desde lejos



... paseó por ella sus gemelos...

con el gesto, y abandonó el patio de butacas para ir a fumar un cigarrillo en el *foyer*.

Era su última noche de Iquique, y no estaba triste por dejar aquello, donde habían trancurrido los diez años más fuertes de su juventud. Por el contrario, mientras silbaba muy quedito el vals del tenor, que acababa de oír, paseábase solo, acariciando las ilusiones que despertaban en su cerebro ante la dulce seguridad de su próximo viaje a Europa.

—¡Hombre! ¿Tú por aquí?

Y una mano fuerte, posándosele en el hombro, acompañó a la llamada de la voz y le hizo volver la cara.

—¡Querido Eduardo!—exclamó Demetrio, y los dos hombres se estrecharon la diestra con sonriente cordialidad.

El que se llamaba Eduardo, Eduardo Daglio, era un mozo alto, de hasta treinta y cinco años, moreno el rostro y negros los retorcidos mostachos y la puntiaguda barba, por entre cuyo velloso candado, tal fingían el bigote y la perilla, brillaba como un estallido la boca húmeda y roja de salud y de sensualidad. Era romano; había venido a Iquique, aquella rica ciudad peruana que las armas de Chile arrebataron al Perú en la belicosa contienda del Pacífico, siendo muy niño aún, con sus padres, emigrados italianos que habían hecho allí su fortuna y en cuya oficina salitrera, unos pocos kilómetros al interior, halló Demetrio la manera de ganar la primera soldada que ganara dignamente.

Eduardo, que despertó a la razón cuando su familia era ya adinerada, no tuvo jamás que ganarse la vida, y ocioso y rico, fué flor de deportistas, de *club-*

manes y *dilettanti*, entre los cincuenta mil chilenos y extranjeros que poblaban aquel puerto de mar quieto y dormido, de una gran importancia mercantil, pero apenas minúscula y atrasada caricatura de los grandes centros civilizados, pecaminosos y galantes de la vieja Europa. Como ambos soñaban con ella, Eduardo, sin conocerla más que en los libros, y Demetrio, evocando sus años infantiles, que transcurrieran en España, había entre ellos, por paridad de sentimientos y deseos, una íntima semejanza espiritual que los unió desde el primer momento en aquel rincón desconocido del mundo y estrechó los lazos de una amistad basada en la mutua comprensión de dos inteligencias, pese a marcadas diferencias físicas.

Treinta años tenía Demetrio; era proporcionado y fuerte, sin ser alto ni grueso, y daba una agradable sensación de simpatía, de agilidad y de serenidad. Los cabellos, ligeramente ondulados, de un rubio rojizo y metálico, aquel rubio absurdo, como un inexplicable contrasentido bárbaro sobre unas facciones latinas, que suele verse en algunos hombres del Sur, en las playas malagueñas, napolitanas o palermitanas; la tez, de un blanco sanguíneo, como tostada y curtida, acaso más que directamente por el sol, por el capricho de una atávica herencia; los ojos, verdes, de un tono glauco, luminoso, líquido y fosforescente, horadados por las pupilas pequeñas y negrísimas, avizoradoras e inquietas, siempre prontas a dilatarse, obscureciendo de repente todo el iris, que parecía llenarse y crecer, imitando el flujo y reflujo de las aguas marinas, y perfecta, como el trazo ma-

gistral de un pintor antiguo, la boca carnosa, sinuosa y fresca, tal un pequeño corazón encendido en la rasurada tersura de la tez. Gallardo y esbelto, no acababa de ser distinguido por la excesiva corrección y la dureza de su perfil de medalla, que hacía de él un hombre guapo, pero con una belleza varonil y canalla de barrista de circo o de joven lacayo. Podía ser su cabeza lo mismo la de un supuesto gladiador que la de un pretendido cochero de casa grande en una viñeta de semanario ilustrado. Todo en él respondía a su historia. Llamábase Demetrio Melachrino, y su abuelo paterno—sólo hasta allí llegaban las noticias de su árbol genealógico—fuera un rico mercader de Atenas que explotó una fábrica de tabacos en El Cairo y casóse en uno de sus viajes por Italia con una siciliana de Siracusa, donde naciera su padre (de ahí el perfil de medalla), que educado en Roma a todo lujo, emprendió la carrera diplomática y llegó a Madrid como primer secretario de la Embajada. Calavera y espadachín el secretario italiano, tan mal herido quedó en un duelo con un capitán bravo y jaranero como él, que sólo pudo casarse *in articulo mortis* con la mujer a quien amaba, una madrileña, amazona en el circo de Price, a quien había retirado de la profesión.

Demetrio no conoció a su padre, que le dejó huérfano en las entrañas de la amazona, quien, apenas viuda, volvió, obligada por la miseria, al peligroso ejercicio de su profesión. Así fué como Demetrio, que llevaba en la sangre y en los nervios la substancia aventurera de los héroes griegos, la audacia de los navegantes y de los *condottieri* y acaso la gra-



... obligada por la miseria al peligroso ejercicio...

cia jacarandosa y plebeya de un lidiador de reses bravas o de un organillero truhán, recogió de labios madrileños el habla materna, y antes que a leer, aprendió en la pista de un circo a andar de cabeza, dar el salto del *flin flan* y hacer diabluras inverosímiles sobre las amplias grupas de los caballos amaestrados. Muy niño aún, rodó por pueblos de España, de Italia y de Francia, y a los once años, cuando el destino le dejó huérfano por segunda vez, poseedor de varios idiomas, cargado de visiones el cerebro, pero pobre y audaz, sintió un ansia de aventuras que le impulsaba locamente a cruzar el mar. Acaso porque mandaban los muertos en él, algún ignorado tatarabuelo pirata, o tal vez porque aprendiera a leer en italiano en un viejo libro de su padre, que le había metido todo un universo de sueños en el alma. Era aquel libro, en endecasílabos blancos y sonoros, la *Ilíada* y la *Odisea*, de Homero, traducidas por Vincenzo Monti, y despertó en él una muchedumbre de sentimientos y de sensaciones confusas: la furia de Aquiles y el valor de los Ayax; la lealtad de Patroclo y la constancia de Andrómaca; la pasión de Héctor por Penélope y la astucia de Ulises, y también el cantar de las sirenas.

Una clara noche estival, sin saber cómo ni por qué, con un paupérrimo hatillo sobre los hombros y un sonoro acordeón entre sus rodillas, hallóse sentado sobre la cubierta de un trasatlántico, entre el humano hacinamiento de emigrantes. Bajo la cruz de los mástiles, por entre la red de las jarcias, vibraban las notas de la canción de adioses del emigrado tropel, y zigzagueaba el ritmo quebrado del zortzico

vasco, y el son cascabelero de la seguidilla manchega, y el aire retador y bravío de las jotas de Navarra y Aragón, y el salmodiar de la gaita gallega, y la ingenua melancolía de los cantos asturianos, y la pereza embrujada y mora de la copla andaluza, que decía riñas y celos, y supersticiones y quereres. La sirena del barco ululó trágica en el terciopelo de la noche profunda, mientras la luz de una luna agorera, enrojecida como un extraño sol nocturno, besaba la blanca mancha de Cádiz, que se tendía como un ave muerta sobre el cristal luminoso de las aguas dormidas.

A los veinte días justos, una mañana de niebla, el ancho estuario bonaerense le brindó la promesa muda de su hospitalidad.

La enorme ciudad cosmopolita exacerbó la fiebre aventurera del muchacho que, *groom* primero en las cuadras de un *sportsman*, pronto fué, por sus habilidades de jinete, el *jockey* predilecto del *stud*, y como ganó carreras, porque le sobraba audacia y le faltaba peso, fué adulado por la codicia de los jugadores, gozó las mieles de sentirse héroe popular, y dispendioso y vicioso, en los cafés y los *bares* de la calle de San Martín, siempre entre *boockmaker's* y preparadores ingleses y yanquis, sus labios adolescentes supieron del líquido brebaje escocés y del ajenjo parisino, y de los besos complicados y falaces de las cocotas rusas y polacas, desde las altas horas de la noche hasta que Buenos Aires se enjoyaba con la clara turquesa de su amanecer. Una tarde, ya vencido por la fiebre del oro, urdió un *bluff*, que fué descubierto, y se enredó en plena pista a latigazos

con el jinete vencedor. Entonces, suspendido para siempre en su ejercicio, hubo de marchar de Buenos Aires y tornó a su vida errante y pobre.

¡Cuántas veces lloró aquella locura! ¡Cuántas veces recordó los ojos tristes de su caballo *Céfiro*, aquel alazán cuya cabezota besaba siempre en el *pésage*, después de la carrera; aquel animal nervioso y fino, que parecía estirarse como una anguila bajo la presión de sus muslos y que sin el acicate del látigo, sólo por el reclamo, que era un reclamo de amor, en efecto, de la voz del jinete, tendíase en galope, y lo llevaba como en volandas hasta la meta, mientras el paso de su blusa de *foulard*, azul y blanca, que vibraba al viento, era saludado con gritos de entusiasmo desde la lejana mancha verde de la *pelousse*, que bariolaban como flores multicolores los claros y vaporosos trajes de las mujeres.

Y viajó, viajó, siempre pobre, siempre triste, y el sudor de su frente cayó como un llanto de todo su cuerpo en los surcos de todas las tierras americanas. Galopó en un potro salvaje por el desierto de las pampas argentinas, donde el ombú corpulento es como una grotesca caricatura de la palmera; en Cuba lloró guajiras sobre la sabana inmensa y fraternizó con chinos y negros, endulzando su amargura con el efímero dulzor de la caña; en Méjico vertió su sangre con los guerrilleros charros, rebeldes ilusos, bajo la tiranía de un caudillo sanguinario y cruel, y se agudizó su nostalgia en los yacimientos de goma, más allá del inmenso Amazonas, en la selva mortífera del lejano y fabuloso Perú.

Veinte años tenía cuando llegó a Iquique, de coris-

ta en una compañía de zarzuela. Se había enrolado a la farándula en su afán de viajar con más seguridad, y en aquel puerto del Pacífico hubo de quedarse, empleado en la dulcería del teatro Municipal, porque la Empresa quebró y los cómicos se dispersaron. A los dos años de vender y de comer bombones, una señora francesa, mujer del administrador de la Salitrera de los Daglio, que se había enamorado de Demetrio mientras él la escogía los *marrons glacés*, se lo llevó de empleado a la oficina, y allí estuvo, en la desierta pampa salitrera, verificando cuentas, leyendo alguna novela francesa, nostálgico de su mar, que le cantaba en el recuerdo, hasta que se rompió el idilio y hubo de volver a la ciudad, donde por recomendación de Eduardo Daglio había entrado de ayudante del cajero en el Banco Alemán.

—Pero ¿es que te divierte *La tempestad?*—le preguntaba Eduardo mientras subían a la dulcería, donde había sido empleado Demetrio, a resfrescar con un *bock*.

—¡Qué quieres!—le respondió su amigo—. Tú me has hecho un poco artista a fuerza de prestarme libros y de charlar conmigo. ¿No me has dicho tú que la música española es la más rica del mundo, la que tiene más porvenir?

—¡Pero no ésta!—exclamó riendo Daglio, a la vez que se sentaban ante el velador.

No había casi nadie en la dulcería. Dos hombres insignificantes acababan de beber sus granadinas y pagaban al mozo. Tras del alto mostrador, al lado de las cajas de bombones, como una enorme botella más entre las botellas que se alineaban coloradas y

alegres (el rubio *cognac*, el ámbar de la *chartreusse*, el topacio del *benedictino* y la esmeralda del *pipermint)*, la dueña, una suiza gorda y desteñida como una vieja nodriza retirada del servicio, se adormecía dando cabezadas, arrullada por el ronronear de un gatazo negro, cuya silueta se agigantaba grotesca al reflejarse en la panzuda ponchera de metal.

Desde la sala llegaban vagamente tal cual acorde de la orquesta y las sílabas muy separadas y muy claras de una frase que el tenor cómico decía con voz aguda, chillona y nasal.

"Ha com-pra-do vein-te ca-sas.
Ha comprado veinte casas,
las mejores del lugar."

....

—Ha empezado el acto—exclamó Demetrio.

—Quita, hombre, no tiene interés—le interrumpió Eduardo, deteniendo a su amigo—; charlemos, charlemos. Hace ocho días que no te veo.—Luego batió palmas y pidió dos *bocks* al camarero.

—Yo he venido—prosiguió—porque, como ya sabes, escribo las revistas en *El Monitor Popular*. Pero sólo para dar noticia de la interpretación y del aspecto de la sala.

Demetrio le preguntó con cierta extrañeza:

—¿Pero no eras un admirador de Chapí?

—Desde luego—respondió Daglio—. Chapí y Albéniz, digan lo que quieran, son los que han marcado el derrotero seguro que debe seguir la música española; pero no el Chapí de *La tempestad*. Este es un viejo dramón lírico a la manera italiana an-

tigua, con sus arias interminables y sus concertantes donizzetianos sin la frescura melódica de Donizzetti.

—¡Lo que es no saber!—suspiró Demetrio—. A mí me encanta esta obra. Ese Claudio Beltrán que se va de su patria a los veinte años y vuelve a los cuarenta enriquecido, y quieren condenarle siendo inocente, y lo salvan de un naufragio... ¡No sé, chico; será el encanto del mar, las barcarolas, los marineros!...

—A propósito de mar—le interrumpió Eduardo—, ¿cuándo te vas?

Demetrio dudó un punto, apuró medio *bock* que le había traído el camarero y respondió quedo y misterioso:

—Mañana, en el *Oropesa*.

—¡Pero, hombre! ¿Y te lo tenías tan callado? ¿Es que has robado en el Banco?

Demetrio lo miró un instante entre extrañado y ofendido, muy dilatadas las pupilas, que ensombrecieron sus ojos de repente, y después los dos amigos se echaron a reír. Eduardo le había dicho, tranquilizándolo:

—Comprendo tu silencio, hombre; porque no lo sepa la novia, claro está.

Demetrio terminó su *bock*.

—No creas, me da pena. ¡Pobre Rosa María! Pero ni don Otto va a consentir nunca que yo me case con su hija...

—Ese alemán es un animal—le interrumpió Eduardo—. Está esperando un duque para su hija, y los duques no vienen a Iquique.

—¡Figúrate!—prosiguió Demetrio—. Y aunque con-

sintiera, ¿me voy a quedar aquí toda la vida? ¿Crees que es porvenir para mí, en el caso de que llegara, la gerencia de un Banco Alemán en Iquique?

—Se había puesto de pie, y pagaba al camarero.

—Pero sigue, hombre; tomemos otro *bock*—exclamó Eduardo.

—No—dijo Demetrio—. Déjame escuchar el acto y coquetear un poquito desde lejos con Rosa María. Es la última noche. Al acabar la función nos damos un paseo hasta Cavancha, y ya te contaré...

Cuando los dos amigos entraban en el patio de butacas, los gritos del tenor atronaban el espacio:

"Por qué mi nombre, siempre honrado,
rechazan todos hoy aquí."

Era Claudio Beltrán, injustamente acusado, que protestaba lleno de indignación contra el juez, que era el bajo, entre la angustia de dos tiples y el asombro de unos coristas sin afeitar y de unas coristas viejas, que cantaban hurgándose las narices con los dedos.

* * *

A la puerta del teatro Municipal, acaso el único edificio moderno y confortable de todo Iquique, el público se disolvía silencioso y triste.

Era una de las últimas noches de noviembre, verano en aquellas regiones, y pesaba en el ambiente un calor pegajoso y húmedo, que sólo de cuando en cuando hacían soportable las ráfagas del aire marino, impregnado de sal y de iodo.



... unos coristas sin afeitar...

Desde la escalinata del teatro, donde se habían juntado, Eduardo y Demetrio contemplaron el lento desfile de la poca gente burguesa que después de la función, sin pensar siquiera en la cena de madrugada o en el chocolate o el té de las grandes ciudades, iba a buscar el reposo como si se asustara de estar en la calle a tales horas.

Casi no había coches—¡Iquique era tan chiquito!—, y apenas si dos o tres enormes y desvencijados landós alquilones se disponían a llevar hasta docena y media de pasajeros hacia la playa de Cavancha, donde un *restaurant* a la orilla del mar cumplía el milagro de permanecer abierto hasta las tres de la mañana.

Daban las doce y media en el reloj de la plaza, una vieja plaza española a la cual sólo le faltaban unos soportales alrededor para evocar la época del coloniaje. Sobre el suelo arenoso, de una arena bermeja, todo Iquique era así, como una prolongación de los yacimientos de salitre, fingía en el centro un pequeño oasis el jardinillo de frondas polvorientas, entre cuyas palmeras inmóviles en el aire caliente erguíase el mal gusto de un monumento absurdo, especie de cripta o de pirámide alargada de cuatro lados, hueca por el anacronismo sin estilo de cuatro arcos, que pretendían ser góticos, y entre los cuales negreaba un busto de bronce del almirante Arturo Prat, como un santo en una hornacina. Coronando la estrambótica torre, se cuadruplicaba la ciclópea y enrojecida pupila del reloj municipal. La broncínea campanada de media hora después de media noche, grave, larga y sonora, se expandió como un

líquido en la densidad del ambiente caliginoso, que iluminaban con fantástica claridad las luces lechosas de los fanales eléctricos. Las casas bajas, de madera, de un solo piso casi todas, de dos a lo sumo, acurrucadas unas con otras, se recortaban como sombras en el incierto claroscuro, en la niebla húmeda y tibia, dando la sensación de un grabado en madera borrado por el tiempo o de una decoración de teatro que quisiera representar el fondo del mar.

—Bueno, y esto se acabó—exclamó Demetrio—. Ya está la ciudad muerta, muerta.

—¡Qué quieres!—murmuró Eduardo—. Esto no es París ciertamente.

—Por eso me voy—terminó Demetrio.

—Pero ¿y la novia?—preguntó Eduardo—. ¿Y Rosa María?

Demetrio lo cogió del brazo, le hizo descender la escalinata, y juntos tomaron por la avenida de Cavancha, la única calle medio decente de aquel Iquique ceniciento y salitroso.

—Ven, ven, vamos—murmuró—. Nos comemos algún marisco, nos tomamos un *bock* y mientras tanto te contaré.

Eduardo se oponía.

—Pero hoy, última noche, ¿no ves a Rosa María?

—Estoy citado a las dos con ella, en el vestíbulo de su casa; tenemos tiempo.

Demetrio había encendido un pitillo, y miraba abstraído las espirales del humo, y Eduardo, que tenía la virtud de saber callar cuando convenía, acostumbrado a respetar las inquietudes de su amigo, iba a su lado, esperando la confidencia y tarareando el

segundo tiempo de la *Scherezade*, de Rimsky-Korsakoff, cuyo ritmo marcaban sus dedos, los pulgares en los bolsillos inferiores del chaleco y los demás fuera, haciendo tintinar unas monedas.

Sus pasos resonaban en la calle desierta, sobre la absurda acera construída con tablones húmedos, viejos y podridos. Iquique era el reino de la madera: de ella estaban construídas casi todas las casas, y algunas, como supremo adorno, lucían un jaspeado hecho con coquinas, fragmentos muy menudos de caparazones de moluscos, conchas y trocitos de estrellas marinas, que los albañiles esparcieran sobre las paredes, previamente encoladas. Los edificios, en rigurosa fila, como un ejército de elefantes blancos, no tenían portal. La puerta vidriera del salón de recibo ábríase casi en la calle, en un pequeño vestíbulo de madera, y el techo avanzaba sobre él, sostenido por dos o tres columnas sin estilo que descansaban en la baranda de una balaustrada vulgar. Algunos propietarios, más precavidos, habían hecho levantar una reja entre la balaustrada, el techo y las columnas, y cuando eran seis o siete o más las casas juntas de semejante disposición cancelaria, aquello tomaba el aspecto de una colosal *menagérie*.

—Mira, mira—exclamó de repente Demetrio ante una de esas casas—. Esta es una jaula para cazar leones en el desierto de Sahara.

—O para cazar camellos—exclamó riendo Eduardo, y luego, ya sin poderse contener, preguntó a su amigo:—¿Pero tús has pensado bien este viaje? ¿Qué es lo que vas hacer en Europa? ¿De qué vas à vivir?

—No lo sé—respondió Demetrio—; pero ya aquí

no puedo estar. Tengo ahorrados unos diez mil pesos chilenos...

—Un par de orgías en París, y modestitas—le interrumpió Eduardo—, o una partida de *pocker* en el barco.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque me parece casi una locura que te vayas. Aquí tienes ya una posición; eres novio de una muchacha rica, ¿qué vas a hacer en Europa? ¿Vas a volver a dar volatines? ¿Vas a volver a correr caballos con lo que pesas ahora? Emigrar de América es una locura...

—Como mía—exclamó Demetrio—; pero aquí, el aire salitroso me llena de herrumbre los huesos. Tu amistad con don Otto Ströngmull, cuando todavía hablabais de la triple alianza bebiéndoos su magnífica cerveza *spantenbräu*, te hizo conseguir para mí un empleo en el Banco Alemán. Ahora que ha acabado la guerra y que ya no eres amigo de don Otto, ¿crees tú que yo, grecolatino, puedo resignarme a pasarme hasta el fin de mis días entre teutones?

Por toda respuesta, Eduardo Daglio lanzó una blasfemia rotunda, netamente italiana; una de esas complicadas y quintaesenciadas blasfemias que deben de llegar como una bomba explosiva hasta la misma corte celestial.

Demetrio se echó a reír, y ya siguieron los dos poniendo como no digan dueñas a Alemania.

Eduardo afirmaba que los alemanes eran hombres sacados de una cantera, cortándolos a pico por la espalda, y que por eso formaban una sola línea des-

de la cuadrada cabeza monolítica hasta los chatos talones.

Y despotricaron a dúo contra todos los bárbaros, desde el primer huno hasta el último cervecero de Munich; desde Bismark, que tenía cara de perro, hasta Hindemburg, que tenía cara de perro también; hasta Guillermo II, que tenía cara de caballo percherón; hasta el ex Kromprintz, que era un lindísimo gorila. Y así llegaron ante el *restaurant* de Cavancha, en momentos en que el cuarteto de *tziganes* atacaba una fantasía de *Tanhäusser*. Entonces, Eduardo, musicólogo al fin, se descubrió, jurando bajo su palabra de honor que Wagner no era alemán.

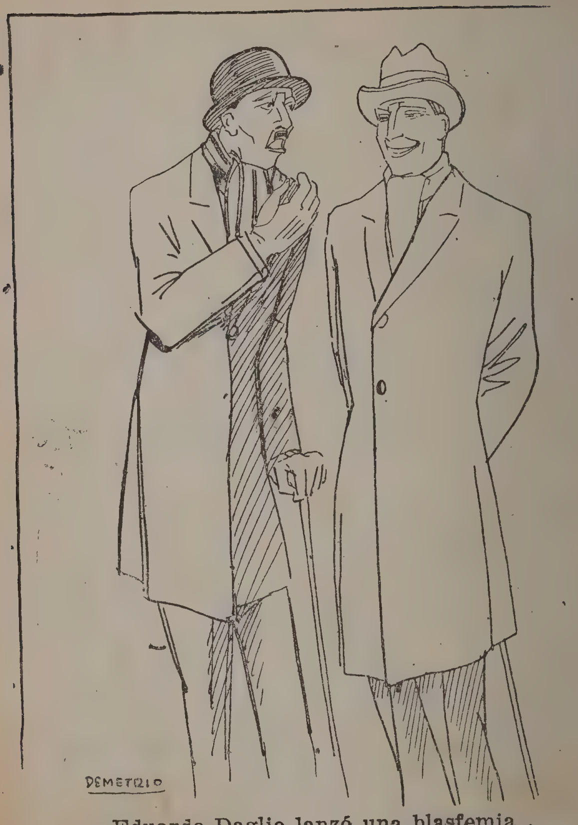
—Había nacido en Venecia—afirmó muy serio—; pero no lo quiso decir nunca. Por eso fué a morir allí.

El milagro de Orfeo se repetía una vez más en aquel simpático farsante que tenía barbas y bigotes de candado.

Eduardo y Demetrio ocuparon una mesita junto a una baranda, desde donde se atalayaba el Océano.

Una veintena de personas, más plebeyas que cursis, reían y charlaban en aquel pobre *restaurant* que se avanzaba sobre las aguas como un viejo pontón o según un edificio para baños, hecho de tablas viejas, restos acaso de naufragios.

La gracia cristalina del mar, la plateada cornamenta de la Luna rielando sobre los rizos de la espuma, la brisa fresca y yodada, y, sobre todo, la armonía ruidosa y salvaje de las aguas, rugiendo al embestir en la playa, acariciantes y dolientes al retirarse, como besando la monda superficie brillante de



... Eduardo Daglio lanzó una blasfemia...

las piedras, que ellas mismas habían torneado blanda y cuidadosamente, prestaban cierto encanto a aquel miserable merendero, y permitían la evocación de las playas europeas que el pecado y el vicio visten de amable galantería.

—Yo estaré en *Possilipo*, en la *Montagna Spaccata*, en *La Grotta Azurra*, en mi Nápoles que vi en la niñez—exclamó Demetrio.

Pidieron unos erizos, unos cangrejos y unos *bocks*, y charlaron largamente al amor del mar.

Demetrio, inquieto por lo que su amigo le había dicho antes, hubo de preguntarle qué trabajo podría emprender en Europa cuando se le acabaran aquellos pobres diez mil pesos, que Eduardo no consideró ciertamente una fortuna.

—Yo sé idiomas: el francés y el italiano, muy bien; el inglés, algo, y hasta un poquito el alemán...

—Que debes olvidar—sentenció Eduardo, y preguntó luego a su vez:—¿Pero no sabes más que idiomas?

—No sé nada de nada—respondió tristemente Demetrio—. He vivido mucho; pero he leído poco: apenas cuatro novelas que tú me has prestado y los pocos libros griegos traducidos al italiano que heredé de mi padre.

Eduardo sonrió.

—Ciertamente, la *Ilíada* no es bastante para ir por el mundo; pero, en fin, aunque de oídas, sabes algo. ¡No eres capaz de confundir a Alejandro Magno con un mandarín chino, y de Geografía conoces por lo menos las capitales!

—Sí, eso sí—murmuró Demetrio.

—¿Y de Historia?—interrogó su amigo.

Como Demetrio hiciera un gesto vago y desolado, Eduardo prosiguió:

—Hombre, sabes que Vespasiano dijo: "Un emperador debe morir de pie"; que Calígula nombró cónsul a su caballo; que Francisco I aseguró que "todo se había perdido, menos el honor"; que Luis XIV afirmaba que "el Estado era él", y que Cambrone respondió fieramente a una intimación del enemigo con una frase breve y que no olía a rosas, que los historiadores limpios y pudorosos cambiaron por "la guardia muere, pero no se rinde".

—Sí; eso sí—exclamó Demetrio.

—¡Pues entonces! Lo demás lo tienes todo en el *Larousse.*

—¡Pero es que no sé escribir!—protestaba, quejumbroso y asustado, Demetrio—. Me hago un lío con los varios idiomas que sé...

Pero Eduardo no le dejó seguir. Una idea luminosa y segura había acudido a su cerebro, y rápido, a la vez que se ponía de pie para pagar al camarero, alargó la mano, aconsejando a su amigo, decisivos el gesto, el ademán y la voz:

—¡Hazte periodista!

....

Diez minutos más tarde, Eduardo, después de haber prometido a su camarada ir a despedirle al puerto, volvía solo a su casa, y Demetrio deteníase ante una casa, la única con honores de chalet en toda la Avenida, y silbaba muy quedo la serenata de Toselli.

La puerta de cristales que daba sobre el vestíbulo, al nivel del suelo, se abrió para dar paso a la chiqui-

lla rubia, de tez de porcelana y ojos claros, que Demetrio había contemplado con su binóculo en un palco del teatro Municipal.

Rosa María era hija del banquero en cuya casa estaba empleado Demetrio, y había sido su primera novia formal, platónica y romántica, la de los paseos en la plaza las noches de retreta, cuando los trombones de la banda militar machacaban con insistencia canalla el ritmo de un vals cursi o de una lánguida habanera sentimental. Acaso Demetrio, sin tener en cuenta la fortuna de la chica, se enamoró o creyó enamorarse de ella, obedeciendo a su predilección por la piel suave y fresca de las rubias, o porque en sus ojos azules creyó ver una reproducción pequeña y humana de las aguas del mar, o por vanidad, ya que Rosa María era el pimpollo más lindo de la buena sociedad iquiqueña; o porque no tenía nada que hacer. Ella le correspondió, porque no tenía novio entonces y porque nunca la habían hablado tan tiernamente como aquel pícaro aventurero locuaz. Aparte la cartita romántica, los versos de abanico, el florido *bouquet*, sólo era un juego inocente aquel amor, que si para ella tenía el encanto de la primera ilusión, para él no ofrecía más atractivos que la oposición de los padres, la ira de don Otto, aquel ogro tudesco, que no quería dar su hija a un hombre sin antepasados.

Aquella entrevista nocturna iba a ser la última de tantas como en su inocencia concediera Rosa María, deseosa de oír hablar a quien la tenía aprisionada en la red de sus palabras. Demetrio le había robado algún beso, es decir, se los había robado a don Otto,

ya que ella, pasada la breve lucha que antecedió al primero, se los concedió después de buen grado. Aquella noche, Demetrio, impaciente y nervioso, aludió a la tiranía de don Otto y a la necesidad de hacerse una posición brillante, de fama europea, para justificar aquel viaje, cuya noticia inesperada comunicaba de sopetón a Rosa María. La pobre niña lo oyó con un asombro mudo de dolor: flor temprana, apenas abierta al rocío de su primera esperanza amorosa, se tronchaba como bajo la furia de un vendaval, ante el despego del amado, del soñado en sus castos sueños de señorita soltera, y juzgaba rota para siempre su breve vida de diez y ocho años.

—Volveré, Rosa María; en el Banco de tu padre yo no tengo porvenir; él no quiere concedérmelo, y cree que vengo por tu dinero...—y Demetrio fingía una gran dignidad, ya que no podía fingir un gran dolor.

No le apenaba al mozo, diestro en relaciones amorosas más positivas, el fin de aquel idilio casto y romántico. Para él, enamorado sólo del amor, era un incidente sin amargura separarse de Rosa María, a quien no habría de recordar como recordaba a su caballo *Céfiro*. Para ella era la primera catástrofe sentimental y se le antojaba el supremo dolor de su vida. Por eso escuchábale anonadada, entreabierta la flor de sus labios, que temblaban por la respiración anhelante, como temblaban, bajo la fina seda del corpiño, las tibias y asustadas palomas de sus pechos virginales.

—Bueno, adiós; no llores, no llores—exclamó Demetrio, acercándose para besarla. Pero ella lo rechazó;



Pero ella le rechazó...

no quiso tomar aquel último beso y se alejó, silenciosa y digna. Las lágrimas le caían una a una por su rostro de muñequita rubia. Lloraba, desolada, bajo la luna, con un llanto sin sollozos, un llanto de virgen de leyenda. Así debió de llorar Elsa de Brabante cuando el caballero Lohengrin se alejó para siempre guiado por el cisne que tenía el plumón blanco como un sudario.

Demetrio contempló todavía un instante la casa; murmuró un ¡más vale así!, satisfecho en el fondo de la facilidad con que había roto su compromiso, y echó a andar rumbo al centro.

Poco después, por un caso de cerebración inconsciente, repetía en voz alta:

Todos llegan de noche,
todos se van de día.
El amor es tan sólo una posada
en medio del camino de la vida.

Era una composición del poeta limeño José Santos Chocano, a quien odiaban en Chile, pero cuyos versos se sabían todos de memoria.

II

El *Orepesa* partió de Iquique ya anochecido. Había anclado a un kilómetro del puerto, y su inmensa mole negra y blanca se recortaba en el fondo gris de la tarde y sobre las olas de un verde obscuro y rojizo, como sucias de barro, que hinchaban su vientre de plomo al herirse contra la hélice inmóvil y contra la cadena del ancla.

Desde el bote a cuatro remos en que se acercaba a él acompañado de Eduardo, le pareció a Demetrio que el barco se mecía con ese vaivén lento y pesado de las matronas obesas, a quienes la edad y algún padecimiento cardíaco han hinchado las piernas.

Unas gaviotas zigzagueaban en torno de él, y alguna, más audaz, aventurábase a rozar con la punta de sus alas tendidas el rojo lienzo de la enorme bandera inglesa que ondeaba en la popa. Tres chimeneas enormes y negras, resaltando por obscuro sobre la blanca mancha de los camarotes construídos sobre cubierta, desenredaban el crepé de su humo en la violada sombra crepuscular. Un ciento de embarcaciones pequeñas cabriolaban junto al trasatlántico gigantesco, que parecía inmóvil por contraste, como un cetáceo rodeado de sus crías que se hubiese dormido a flor de agua, bajo el sopor de la tarde moribunda.

Por las escalas echadas trepaban más que subían los viajeros cargados de maletas, y sobre el fondo negruzco del casco resaltaban las notas alegres de algunos femeninos sombreros floridos y la pincelada verde y detonante de un loro que graznaba, temeroso, al ser izado en su jaula de latón. Muy cerca del agua, en el disco de las claraboyas, asomaba la curiosidad de unos rostros tiznados de carbón, como cabezas de ahorcados, negros por la asfixia. De cuando en cuando alguna chimenea lanzaba su ronquido áfono y caliente como el jadear de un monstruo y el silbido taladrante de una metálica sirena barrenaba el ambiente con tal fuerza que parecía verse en el aire el dibujo en espiral de sus ondas sonoras.

Ya en el trasatlántico, después de que un marinero rubio y tiznado indicó a Demetrio su camarote, que estaba en el piso bajo, y no sobre cubierta, fueron los dos amigos al comedor a pegar juntos la última hebra y a apurar el último *bock*.

Había aún muy poca gente en el comedor, angosto y largo, bajo de techo, con sus sillones atornillados en el suelo y sus paredes de caoba coloreada y brillante, como las tapas de una caja de música.

—¿Te vas contento?—preguntó Eduardo a su amigo.

—A qué negarlo. Toda mi inquietud, todo mi temor desaparecen ante la ilusión de ver nuevamente a aquel viejo mundo civilizado y elegante, donde empecé a soñar.

—¿Me escribirás?

—¡Naturalmente! Tú eres el único afecto hondo y verdadero que me dejo en este pobre puerto, donde se estaba marchitando mi juventud.

Un camarero flaco, largo y silencioso, con la muda boca como un pliegue en la faz inexpresiva e inmóvil, fué y vino varias veces con movimientos de autómata, trayendo los platos llenos de galletas insípidas y de rojo queso de *Chester* y alineando sobre el tapete granate de la mesa las botellas de amarga cerveza *Pale Ale*, que Demetrio y Eduardo vaciaban charlando con frases entrecortadas, sin parar mientes casi en lo que decían, distraídos por la vaga inquietud embarazosa y dolorosa de la despedida.

Pronto empezaron a llegar viajeros que venían o que volvían del puerto. El comedor se llenó de colores claros (los vestidos de las mujeres), de risas agudas, de sollozos, de palmotear, de abrazos y de

chascar de besos, hasta que una campana de bronce y la invitación lacónica de los mozos y de los marineros con sus *goan*, *goan*, *quickle*, *quickle*, anunciaron que el *Oropesa* iba a hacerse a la mar.

Acodado en la borda, contempló Demetrio a su amigo que se alejaba rumbo al puerto por entre los escollos negros sobre el obscuro azul de las aguas. Era ya de noche y las luces de Iquique parpadeaban a lo lejos.

—¡Adiós, que escribas!—gritó aún Eduardo, un centenar de metros distanciado del barco.

—¡Adiós, Eduardo, adiós! ¡No me olvides!—gritó a su vez Demetrio, con las manos puestas a guisa de bocina y la voz húmeda del llanto, vencido, más que por un dolor que no sentía, por la emoción del momento y del cuadro. Después, como era dado a filosofar, dejó volar el pensamiento, mientras el ancla salía del agua, con un estrepitoso ruido de cadenas.

¡Partir c'est mourir un peu! ¿En qué libro francés había leído ese verso? En efecto, pensó: ausentarse era como empezar a morir... ¿Morir?... ¿Dormir?... ¡Soñar acaso!, según el egoísta y torturado príncipe de Dinamarca. Demetrio, que había visto varias veces el *Hamlet*, repitió en voz alta algunas palabras del monólogo, y luego siguió pensando por su cuenta.

—¡Vivir, vivir!—se dijo—. El presente era lo único verdadero, y, con ser la muerte la mayor de las certidumbres, la muerte no existía. Todo era vida, vida que vibraba, vida que no había tenido principio y que no podía tener fin. La muerte era una transformación, un puerto del viaje, una etapa, un tér-

mino, principio y desarrollo a la vez de quién sabe qué fenómenos y qué gestaciones. De espíritu a hueso, de hueso a larva, de larva a mariposa, de mariposa a flor... ¿Y después?... ¡Después, vida! Moría la nube para dar vida al agua, y moría el agua en la tierra para dar vida a la planta. Todo pasaba, pero nada se perdía, y pues que morir era transformarse, y ausentarse era empezar a morir, ausentarse era también empezar a vivir.

Sintió que una onda de optimismo le llenaba el alma, y aunque todo llorase a su alrededor, el mar, los silbatos, las cadenas, las cuerdas de los mástiles y el maderamen que crujía, sintióse alegre y audaz, y corrió a proa, y le pareció que le habían nacido unas alas en los hombros, como a aquellas victorias que en las viñetas de un libro de su padre había visto en el mascarón de las naves helenas, y miró al cielo y al mar, seguro de sí mismo, como el piloto que ensaya la osadía de una sonrisa retadora, vuelta la cara al peligro encantador y tremendo de lo porvenir.

"Océano Pacífico, 11 de noviembre de 1921.

Mi querido Eduardo, llevo dos días en este hotel flotante. Como mañana por la mañana llegaremos a Valparaíso, aprovecharé la estancia del barco en el puerto para echar esta carta al correo. Ella te lleva mi recuerdo y mi afecto, que eres lo único que me queda de Iquique en la memoria. Me he olvidado completamente de él. Perdóname el estilo; ya ves cómo son cortas las oraciones, y es que, como ya te dije, no sé escribir, y le tengo miedo al párrafo lar-

go, porque me puedo hacer un lío. De todas maneras, como te escribiré otras muchas, la práctica me enseñará, y a ver si puedo hacerme periodista, según tu consejo.

Hasta Valparaíso llevamos mucho pasaje y bastante cosmopolita. Unos alemanes que parecen todos hermanos gemelos. Los hombres monolíticos, que tú dices. Creo que van a su país a aprovechar la baja del marco, y se pasan la vida bebiendo cerveza en el *fumoir* y hablando en su idioma áspero y fuerte, que parece que tuvieran carraspera, una carraspera ancestral por todas las salchichas que se comieron sus antepasados. Las palabras que más les he oído pronunciar son *thanke* y *yaj*, gracias y sí, y es que todos están conformes, siempre conformes entre ellos, porque tienen el espíritu de rebaño, que ha constituído la salud de su imperio hasta que les dieron el famoso baño en el río Marne.

Ya sé de quién es el loro que vimos subir graznando en el puerto de Iquique. Pertenece a una familia mejicana y peruana, compuesta de un matrimonio y dos hermanas de la mujer. El mejicano es él: un indio completo, que no se quita el chaquet ni para dormir. Habla por los codos y es lo que llaman en Cuba un negro catedrático; pero no es negro, sino indio. Su mujer no existe; va con él, pero no existe; es demasiado gorda. La hermana que la sigue es lo que se dice una señorita bien. Bien es poco; una señorita superior: morena y preciosa; todos estamos en el barco que bebemos los vientos por ella; pero ella va a Buenos Aires a casarse con un novio argentino, que la espera, y a nosotros sólo nos hace

el regalo de sus habilidades musicales tocando el piano en el salón. Esta mujer debe de haber tenido amores en la otra vida con Chopin. Anoche tocó la gran polonesa en *la* mayor, y me hizo llorar. Yo le hago la corte a la hermanita menor, una morena clara con la tez como una rosa de te y unos labios de brasa, y unos ojos negros que le barrenan a uno las entrañas. Tiene unas manos de lirio; unos pies, absurdos, tan chiquititos, tan chiquititos, que yo no sé cómo pueden sostener el milagro estatuario de su cuerpo, un cuerpo hecho a torno, de moza de diez y ocho años en plena primavera. ¡Es un gran capullo de rosa, Eduardo amigo! Claro que yo me contento sólo con el perfume, porque la brevedad del viaje apenas si da tiempo para un *flirt*, y porque la vigila siempre su *miss*, una inglesa lisa como una tabla de planchar, que tiene una gran variedad de blusas escocesas, una dentadura toda de oro, una silla de lona y una novela de Carlota Braemé, de las cuales no se separa ni a tiros.

A propósito de ingleses. Hay unos veinte, rubicundos y alegres, que juegan a juegos infantiles sobre cubierta con aros de cuerda y tejas y tablones numerados. Por la noche, en el bar, mientras toman su *wisky*, se burlan continuamente de los alemanes, pero estos no les hacen caso; son filósofos. Los ingleses son muy amables y muy distinguidos; pero fuman unas pipas inaguantables, y yo no sé qué tienen de cómico, de apayasado en la expresión de su rostros afeitados y sanguíneos, que a mí me recuerdan los *clowns* del circo de mi mamá.

Los ingleses del servicio de a bordo son de otra

Inglaterra: secos, autoritarios, duros, parece que nos quisieran imponer su idioma, que no es el de Milton, ni el de Byron, ni el de Tennyson, ni el de Shakespeare, ni el de Bernard Shaw. Se entiende uno mal y se come peor, y aunque navegamos en aguas chilenas—¡aguas latinas!—, la bandera del barco prescribe el uso de su dura lengua, y el español es un pecado que se castiga con oídos de mercader. ¿Llegará un día, cuando todo este mar sea un lago yanqui, en que el práctico lenguaje de los dentistas neoyorquinos y de los monarcas petroleros sea el idioma oficial de la noble raza de indios altivos y melancólicos, civilizados en el troquel del alma inquisitorial y aventurera, pero ardiente y soñadora de la madre España? ¡Quién sabe!

En el salón cantan canciones yanquis. No puedo, chico; huyo. Te escribiré de Valparaíso o desde Buenos Aires. Ahora voy a discurrir sobre cubierta, con quien entiende mi romanticismo. Hay una luna propicia. Mi limeñita, ¡qué lástima de viaje tan corto!, salpicará de graciosos peruanismos su charla: *Guaa*, qué *lisura*, qué *costeo;* que quieren decir *¡bah!*, *¡qué atrevido!*, *¡qué gracia!*... Los *pues*, vengan o no a cuento, repiquetearán como campanillas sobre su boca de corazón, y el torcedor de comérmela a besos y no poder se tornará suave, a pesar de todo, suave y dulce como un goce, por el goce de mirarla y de oirla hablar.

Noviembre, 15.

Concluyo. Son las nueve de la mañana y, después de tres días de buena navegación, llegamos a Valparaíso. Entre la verdura de los cerros, las manchas

pintorescas de las casitas sonríen como una bienvenida desde lo alto. Un *roto*, parlero y pícaro, acaba de solicitar de mí el llevarme mis maletas, hablándome un español más arbitrario aún que el de Iquique, pero español al fin. Menos mal. Todavía estoy en América Latina.

Te quiere y te abraza, *Demetrio*."

Plegó la carta, que había empezado por la noche, la metió en el sobre y siguió al mozo de cuerda.

—Ven—dijo de pronto, deteniéndose—. Vamos a preguntarle al sobrecargo hasta cuándo no sale el vapor.

—¿Va a seguir viaje, *pu* patrón?—preguntó el mozo.

—Sí; voy a Buenos Aires por Magallanes.

—Y el vapor se *quea* una semanita lo menos, *pu* patrón—cantaba más que hablaba el *roto*, con una voz de flauta como quien ejecuta una tirolesa y aspirando muchas palabras—; siempre se *quean pu*. Va tener tiempo el patrón de *divisarlo too*, y se *quere pue dirse* a Santiago, que es bien *donoso, pu*.

Había llegado al despacho del sobrecargo, que escribiendo atareadísimo confirmó a Demetrio, sin levantar los ojos del papel, lo que le había dicho el mozo.

—El barco se queda cinco días haciendo carbón. Zarpamos el viernes a las cinco de la tarde. Hay que estar a bordo una hora antes.

Demetrio no quiso oír más; bajó al camarote, lo cerró con llave, después de entregar al mozo una sola maleta con algunas mudas, y sin esperar a que el buque atracase a la dársena, se metió en una canoa automóvil y *rumbeó* hacia el puerto. *Rumbeó*,

tal era el verbo, un poco arbitrario, que había usado el cargador.

—*Rumbeamos* al puerto, *pu*, patrón. ¡Cinco minutitos *no más*, y ya está, *pu!*

Eran las diez y media de la mañana cuando Demetrio pisó tierra firme, que por una curiosa ilusión aun parecía tambalearse bajo sus pies como la cubierta del buque.

En la plaza del puerto, llena de sol, se erguía una estatua guerrera, ese eterno monumento heroico, conmemorativo de alguna batalla de la Independencia, que había visto en casi todas las ciudades americanas que visitó. Pagó al mozo, dejó en custodia su maleta en la Aduana, y echó a andar sin dirección, avizorados e inquietos los ojos, curiosos ante la nueva ciudad que se ofrecía a sus ansias de viajero. Y anduvo, anduvo un par de horas observando, pensando que debía contarle todo en otra carta a su amigo Eduardo, y construyendo en la mente, como si ya fuera periodista, los párrafos de su narración.

A pesar del sol, Valparaíso parecía nublado y sombrío por el humo de sus fábricas. Demetrio recordó como en un sueño, la ciudad de Bilbao, donde había estado en la niñez. Los edificios eran sólidos y de una arquitectura muy sobria, pero las calles, un poco en cuesta y con recodos caprichosos, aunque no muy frecuentes, quitaban algo de su monotonía al ambiente; el buen gusto había hecho muy raras en Valparaíso aquellas casas demasiado modernas, tan frecuentes en otras ciudades americanas, casas de crema *chantilly*, llenas de arabescos, de florones y de molduras como las viejas pipas de espuma. La soli-

dez, el gris de la piedra y la abundancia de placas de cobre, muestras de las tiendas y oficinas, tenían bajo la luz brumosa un aire pesado, grave y mercantil. Apenas si allá abajo, al fin de la calle *Condell*, según Demetrio había leído en un letrero, blanqueaba algún palacete moderno, y un templo protestante, rodeado de un jardinillo con verja, sin cruces y sin atributos devotos, lucía sus vitrales de mosaico y su arquitectura alegre y anacrónica de gótico *chalet*.

En la terraza de un café, donde sentóse Demetrio a tomar un *vermut*, un camarero andaluz le informó de que, como era verano, los pocos aristócratas que había en el puerto huyeran al caserío de Viña del Mar, mientras los extranjeros habían arreglado a la europea sus quintas en el cerro, hasta donde no llegara aún el ansia mercantil. En su largo paseo, parecióle a Demetrio que no debía de ser Valparaíso una ciudad de mercaderes, pero sí de corredores, de bolsistas, de agentes de cambio, que iban y venían muy ajetreadas, con sus carteras de cuero debajo del brazo, deteniéndose apenas en los innumerables *bars* para humedecer con la espumosa y amarilla sencillez de los *whiskys and soda* o con la complicada y especiada mezcla alcohólica de los cocteles.

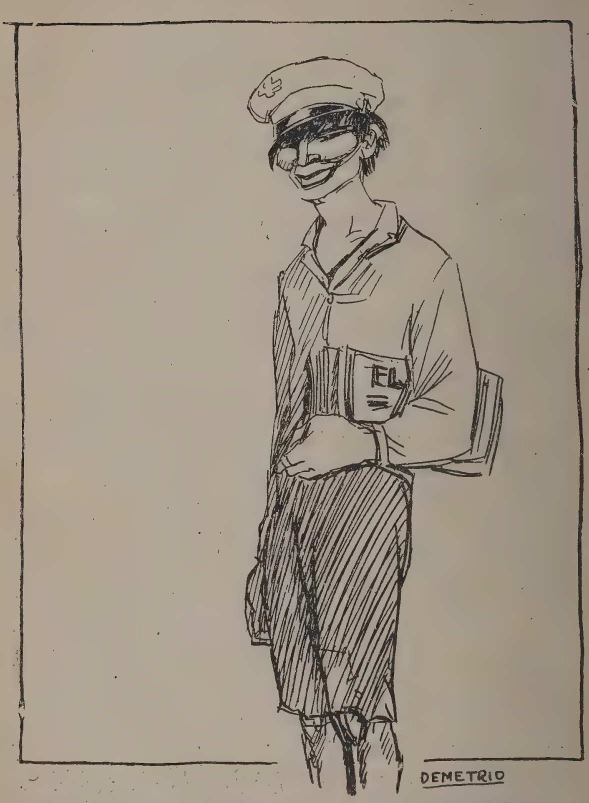
Cuando se sintió cansado y con apetito, fué a la terraza del mismo café a pedirle su almuerzo al mismo camarero andaluz. Comiendo y viendo pasar gente, le sorprendió, mientras saboreaba el postre, la voz aflautada, femenina y melosa de un *diarero*, como llamaban en Chile a los vendedores de periódicos, que se había detenido delante de su mesa.

—¡Estanislao! ¿Pero eres tú?

—*¿Qui* hubo, *pu*, patrón? Sí, yo soy. ¿Me conoció *no más?*

Podía tener quince años el chiquillo y era un indio puro, un araucano auténtico, de tez cobriza y lustrosa y de pómulos tan hinchados y puntiagudos, que casi le cubrían los ojos, negros como dos agujeros. Roto, hecho un Adán, descalzo de pie y pierna, sin chaqueta y con una burda camisa de lana, blanca en un tiempo remoto, que se entreabría dejando ver el bronce del pecho, sólo una gorra azul, una caprichosa gorra de socio de un Club de regatas, quién sabe por qué milagro adquirida, ponía un contrasentido elegante en su cabeza de microcéfalo, y bajo la visera de charol, se proyectaban hacia afuera, como espinas, unas cerdas muy negras clavadas en el reducido proyecto de su frente. Era un tipo pintoresco el buen Estanislao, a quien había conocido Demetrio en sus breves correrías, aun no tan lejanas, de corista zarzuelero por pequeñas ciudades de Chile. Lo vió por primera vez a las puertas de un teatro y era limpiabotas; luego, en Taltal, en Chañaral, en Antofagasta, fué agregado a la misma compañía en que iba Demetrio. Era medio tramoyista, medio avisador y portacestas; hacía recados a los cómicos y lavaba todos los días al perro del primer actor. En las huelgas de Iquique, entre el silbar de las balas, le había visto pasear su libertad de hampón con valerosa y sublime indiferencia.

—¿Qué pasa, Estanislao?—llegó a preguntarle Demetrio en cierta ocasión, después de un reñido combate en las calles, que el muchacho había presenciado con temeraria curiosidad.



Era un tipo pintoresco el buen Estanislao...

—Unos tiritos, *pu*, patrón; han *matao harta giente*—y se encogía de hombros con su colilla entre los labios renegridos.

Oyendo aquella tarde al *diarero*, tan viril y tan bravo, chocóle a Demetrio lo servil y cobarde de su voz, y pensó en una sesuda observación que no hacía mucho, un mes escaso, le oyera a Eduardo Daglio, en el Club Peruano de Iquique, entre una agriada y amistosa discusión de arte: "¿Por qué los chilenos, que son tan bravos y viriles, tendrán ese acento afeminado y dulzón?", había preguntado Daglio. A Demetrio le pareció que ahora encontraba la razón y pensaba en ello para escribírselo a Eduardo en su próxima carta. En efecto, en el trato habitual, el chileno tenía el habla afeminada; pero cuando enfadábase, cuando hablaba ajeno a la preocupación de ser amable, cosa que no le nace naturalmente, entonces era rotundo, áspero, rudo. No ocurría así con los hombres de otras ciudades de América: en el Perú, la tierra de los hombres más corteses y de las mujeres más bonitas del mundo, por ejemplo, donde, acaso por la tristeza de los incas, por el melancólico llorar de las *quenas*, por una influencia del virreynato, que puso sobre la ordinariez española su almibarado afrancesamiento *dizhuitième*, se producían naturalmente con más dulzura en el acento y en la cadencia. El chileno tenía que violentarse para ser cortés. El araucano fué siempre fiero y altivo, y además, en Chile había más catalanes que andaluces y más súbditos alemanes que de ninguna otra nación, y ni el español que no nació en Andalucía, ni el alemán, suelen ser amables. La galantería es del fran-

cés; el canto, del italiano; la jovialidad picante y la interjección airada, del castellano belicoso y picaresco, y en las haches aspiradas, en las tremebundas jotas, en las hirientes kas de los alemanes, hay amargura de lúpulo y gravedad de sistemas filosóficos, a despecho del romanticismo de Heine, de la poesía de Lohengrin y del pasional desaliento metafísico de los héroes de Goethe. ¡Se lo escribiría a Eduardo y haría lujo de su observación atenta y de su barata erudición!

Estanislao fué por la maleta y condujo a Demetrio al Hotel Europa, a que buscara habitación.

Al atardecer dió el viajero otro paseo. Salía con el exclusivo objeto de ver a las porteñas, que Estanislao le había jurado ser *"mu güenas, pu patrón, lindas y donosas no más"*. En efecto, después del largo paseo que anduvo a pie y tornó a desandar en coche, creyó Demetrio de su deber escribir a Eduardo acerca de la belleza de las mujeres de Valparaíso. La porteña parecióle, en general, opulenta y maciza de formas; las vió rubias, con una reminiscencia de aquella mujer tan blanca y tan tentadora que pasea sus desnudeces por los lienzos de Rubens, y morenas, armoniosos de línea los rostros, casi perfectos, como ungidos de éxtasis, que tenían bajo el negro crespón del manto característico con que se tocaban la cabeza y se cubrían el busto las chilenas, aquella extraña expresión quieta, al par mística y sensual, de las *madonninas* italianas. Entre la mayoría de ojos negros y tentadores, había también ojos claros, ojos de agua marina y de turquesa enferma; grandes ojos cortados en forma de almendra, ojos dignos del ma-

drigal de Gutiérre de Cetina, profundos ojos de océano y de cielo, llenos de visiones y de melancolía. Airoso el paso y desenvuelto el ademán, unas con manto y otras extranjerizadas por un sombrero parisino, vió Demetrio cruzar a las chilenitas desde el coche que saltaba, caracoleando por los altibajos de Valparaíso para llevarlo a comer al hotel.

Por la noche la ciudad variaba de aspecto. Más allá de la plaza de la Victoria, aun exhibían su desolación las ruinas del último terremoto. En la plaza, lo mismo que en Iquique cuando él se paseaba con Rosa María, la gente esparcíase, deambulando al son de la banda militar que tocaba en el quiosco. La calle de la Victoria era amplia y estaba llena de luz, con mejores edificios, toda asfaltada, alegre y europea. Allí estaban los teatros y los *cines*, y a uno de éstos fué a parar Demetrio, a buscar en la obscuridad propicia una aventura de amor que no llegó.

Era la una de la mañana cuando, antes de acostarse, ya sin poderse contener y usando del recado de escribir que le había traído el mozo, apuntó, para la próxima carta que habría de dirigir a Eduardo:

"Valparaíso está destinado a un gran porvenir. Si a esta desgraciada ciudad no vuelve a asolarla la crueldad de un terremoto, ha de ser muy pronto un gran puerto europeo, como es ya el primero en este mar Pacífico, que la riqueza de unos hombres sajones y la astucia de unos hombres felinos sueñan, tal vez en vano, convertir en un lago yanqui o en un lago nipón."

III

—¡Demetrio!

—¡Señorita Isabel!

—¡Ay! Usted perdone—exclamó Isabel, mientras el rubor volvía rojo, hasta la raíz de los cabellos magníficos, el suave tono marfileño de su tez.

Era la limeñita del barco, con quien se había dado de manos a boca Demetrio al salir de su habitación del Hotel Oddó, en Santiago.

—Usted perdone, señor Melachrino—prosiguió—. Al verle, así, tan inesperadamente, he pronunciado su nombre...

Demetrio se quedó contemplándola un instante, sorprendido, y como notara en su rubor, en su turbación y en la dulce timidez asombrada de sus ojos negros la alegría que ella experimentaba al volverle a ver, le tendió la mano cariñoso:

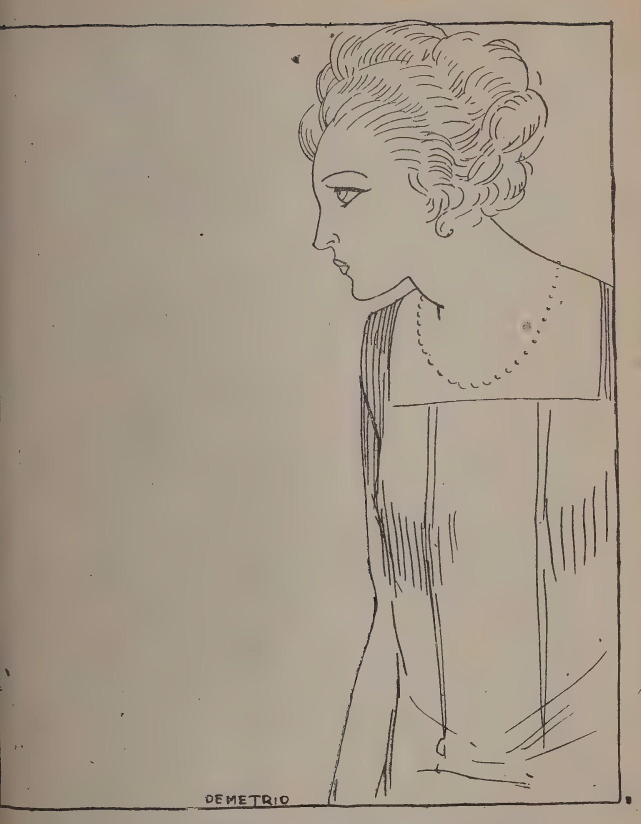
—¡Qué feliz encuentro! No sabe usted cuánto me alegro de...

Ella no le dejó continuar.

—No se diría—exclamó—. Se fué usted del vapor sin despedirse siquiera... ¡Malo!

Y fué tan gracioso el mohin de sus labios, que Demetrio se la hubiera comido a besos allí mismo, en el pasillo del hotel, a no impedírselo la llegada del cuñado y de las dos hermanas, que salieron en ese momento de sus habitaciones.

—¡Miren, miren!—gritó Isabel sin disimular su contento—. ¡Miren quién está aquí! ¡El señor Melachrino!



Y fué tan gracioso el mohín de sus labios...

El caballero mejicano, siempre grave dentro de su inseparable chaquet, le saludó lleno de alborozo.

Demetrio cumplimentaba a las señoras, explicándoles cómo acababa de llegar de Valparaíso, a las cinco de la tarde, después de haber permanecido dos días en el puerto.

—¿Y cuándo sigue usted viaje a Buenos Aires? En la combinación del lunes ¿nos iremos juntos?—preguntó Isabel.

Demetrio respondió:

—No, señorita; yo sigo a Buenos Aires en el mismo vapor. Voy por el estrecho de Magallanes. Pasado mañana muy temprano he de volver a Valparaíso para embarcar.

Isabel no pudo contener una exclamación, que llenó de orgullo a Demetrio.

—¡Ay, qué lástima! Pero ahora puede usted acompañarnos. Venga, venga; vamos a conocer Santiago.

Bajaron todos la escalera. En el portal del hotel les esperaba la *miss*, ataviada con una de sus multicolores blusas escocesas, ya desprovista de la silla de lona, pero siempre con su libro de Carlota Braemé entre las manos sarmentosas.

El caballero mejicano había tomado la palabra:

—Tenemos mucho *plaser* en encontrar a nuestro compañero de viaje. Tenemos una verdadera satisfacción, ¿cómo no?

Se acariciaba de cuando en cuando el bigote cerdoso con la mano izquierda, con la que asía después una de las solapas del chaquet, mientras accionaba con la otra mano, cerrado el puño y estirando el

índice, con el ademán grave y sentencioso de quien pronuncia un discurso trascendental.

—Si, señor—proseguía, sin pronunciar una sola ce y silbando todas las eses—; sí, señor; estos grandes hoteles navegadores que son los trasatlánticos, unen, *cómo no*, estrechan rápidamente las *relasiones* amistosas de los viajeros. *Presisamente*, pues, la comunidad del peligro, en el mar siempre hay peligro, *cómo no*, a pesar de los progresos de la moderna *navegasión;* la comunidad del peligro, repito, junta a los *corasones* humanos en un... ¿cómo diría yo?—Se detuvo un instante en la acera, ahora con las dos manos en las solapas y mirando a las nubes, en una muda invocación de la palabra justa—. ¿Cómo diría yo? Junta los *corasones* en un deseo, en un anhelo de protección, de *salvasión;* mejor: de solidaridad humana; esto es, de solidaridad humana, que no otra cosa es el amor del prójimo bien entendido, *cómo no*. Dos breves días de viaje han bastado, ¡oh, amigo!; han bastado, repito, para unir estrechamente, por lo que a mí se refiere; para estrechar sólidamente el vínculo de nuestros *corasones;* y al volverle a encontrar tras esta breve *ausensia*, que tan larga nos ha *paresido*, me *parese* que vuelvo a encontrar al amigo de siempre, al... amigo, ya no hay otra palabra; al amigo, y en mi nombre y en el de mi familia, me *complasco* en manifestar, pues, el *plaser* con que todos volvemos a encontrar al amigo. Eso es, no hay otra palabra: al amigo de siempre, al amigo; eso es.

Demetrio, que había sonreído con una sonrisa de conejo, esforzándose por mostrar su agradecimiento, aprovechó el momento de volver una esquina para

separarse del caballero orador y emparejar con Isabel, que lo llamaba sonriendo.

Cambiado el orden en que marchaban al salir del hotel, iban ahora zagueros el señor del chaquet, su gorda cónyuge y su bella cuñada; unos metros delante, Isabel y Demetrio, y a la vanguardia de todos, andando de prisa a grandes zancadas, con pasos de *globe troter*, la enjuta y larga *miss*, que se detenía ante las vitrinas y ante las puertas de las tiendas, curiosa y analítica, examinando los objetos con sus antiparras de buho y volviéndose de cuando en cuando para decir a Isabel, después de haber olido, tanto se acercaba, una muñeca o un jarrón:

—*Very pretty, very beautiffull.*

Isabel no la hacía caso, muy entretenida en su charla con Demetrio.

—¡Ay!—exclamó al llegar a una plaza—. ¡Si esto es como Lima!—Había en su voz una argentina cadençia aguda llena de sorpresa infantil.

—¡Miren, vean, si es Lima, igualito!—agregó dirigiéndose a sus hermanas.

En efecto la plaza de Armas de Santiago de Chile ofrecía una gran semejanza con la de la ciudad de los Reyes. El mismo aspecto colonial, los mismos edificios dieciochescos con sus miradores de madera tallada, los mismos soportales y los mismos arcos.

Demetrio hizo notar que la plaza de Santiago era más limpia, más alumbrada y que, pese a su aspecto un poco antiguo y español, había en ella cierto aire nuevo de europeización y de modernidad.

—Usted no se ofende, ¿verdad Isabelita? preguntó a su compañera.

Ella le respondió sonriente:

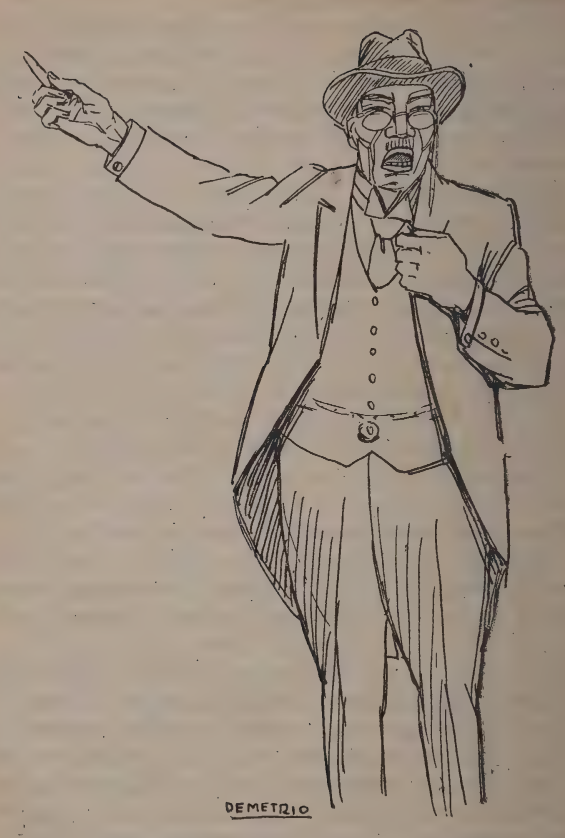
—No; pero prefiero mi Lima. Mire estos jardines del centro de la plaza; parecen un bosque. Sus árboles no dejan ver las casas; el jardín de nuestra plaza de Lima es más recortadito, más bonito, ¿no?

El caballero orador habíase acercado a ellos, y opinó:

—Sí, en efecto; vuestro jardín es más urbano, más *munisipal*, eso es, más *munisipal*. Pero no puede negarse que Santiago es mejor *siudad*. Claro está, no tan simpática como Lima, a lo menos para vosotras; pero más *siudad*, más *siudad*, cómo no, mejor *siudad*. El sentimiento de la patria cuando la patria está lejana se *agudisa*... se... cómo diría yo, se intensifica; esto es, se intensifica, y la nostalgia tiende uno así como velo de ilusión, cómo no, pues que es la *bellesa* del bien perdido; pero se puede ser patriota, cómo no, sin dejar de ser verídico, sin abandonar, sin olvidar, esto es, el imprescindible, el inevitable deber de la *sinseridad*, de la imparcialidad, cómo no.

Demetrio, ya fuera de sí, no sabiendo qué hacer para librarse de aquel chaparrón de frases hechas, cogió del brazo a Isabel y se alejó corriendo unos pasos.

A pie y en coche recorrieron todos rápidamente lo principal de Santiago. Isabel, siempre al lado de Demetrio, como si se complaciera ella también en huir a los lugares comunes de su aplastante cuñado, a las miradas indiferentes, pero por indiferentes molestias, de su hermana, y a la vigilancia inquisitiva de la *miss*, que con menos frecuencia que a bordo, solicitada ahora por su curiosidad de turista, todavía



... el inevitable deber de la *sinseridad*...

hallaba ocasión de interrumpir aquel idilio naciente con la envidiosa tristeza, disfrazada de moral, que suelen poner en juego las solteronas, aquellas cuya fealdad no mereció nunca la flor de un requiebro y cuyos flácidos pechos malditos de Eros no podrán gustar nunca la succión inocente cosquilleante y sagrada de unos labios a los que dieran la vida.

Demetrio, a quien empezaban a impresionar más de la cuenta las solicitudes de la limeñita, apelaba para lucirse ante ella a los recuerdos de su niñez en Europa y de sus lecturas en los libros que le había prestado Eduardo. Al atravesar una calle, al detener se a mirar un edificio, buscaba en seguida el término de comparación. Isabel le escuchaba puesta toda el alma en los ojos: la boca entreabierta, donde el milagro de los dientes fingía la blancura de unas perlas en el rojo estuche vivo de los labios, parecían beberse las palabras de Demetrio, cuya mirada clara, inteligente y llena de ternura se adormecía como arrullándose a sí misma sobre el ritmo de la elocución.

En una calle aristocrática, al par severa y alegre, habló Demetrio de la *Vía Tornabueni*, de Turín; luego, pasando por la Avenida de las Delicias, llena de palacios, que recortaban los arabescos caprichosos de su arquitectura moderna, bajo el cielo azul veteado de nubes rosas, evocó las ramblas de los Pájaros y de las Flores, de Barcelona; en una calle que se llamaba del Estado ante un pasaje de cristales, recordó la galería Vittorio Emmanuele, de Milán, y al ver el edificio del Congreso entre jardines, habló del templo griego en el Academos, bajo cuyos mirtos y lau-

reles discurrían los peripatéticos y los sofistas. A la caída de la tarde subieron a apreciar, a vista de pájaro, el panorama de Santiago desde el cerro de Santa Lucía. Este era un templo al amor tallado en roca viva. Un gran buen gusto había mejorado su formación natural: las frutas, los helechos, las albercas de agua cantarina imitaban la rústica grandiosidad de la Naturaleza. Demetrio halló todo artístico en el cerro de Santa Lucía, menos unas barandas de hierro indispensables para la seguridad del turista, y un soneto que, pretendiendo elogiarla desde su plinto, ofendía a la estatua de un Obispo, cabe la tumba del historiador Vicuña Mackena. Luego, atalayando el panorama de la ciudad, que se extendía enorme, blanco y verde, luminoso, bucólico y quieto, habló de Sevilla, de Córdoba, de Granada, de los floridos vergeles, de los esbeltos almenares y de los poéticos cármenes moriscos.

—¡Oh, ciudades andaluzas, tierras de España, de Italia y de Grecia!—exclamó—. Santiago de Chile, como Montevideo, como Lima, como el mismo Buenos Aires, tan parisino y tan cosmopolita, me traen siempre evocaciones españolas, francesas italianas, griegas, como si entre ellas hubiera una gran hermandad, una gran consanguineidad latina.

Cuando descendían del cerro, como ya iba muy delante, porque sus piernas jóvenes aprovechaban el favor de la pendiente, Demetrio dijo a Isabel, acercándose tanto que los rizos de sus cabellos le rozaron el mentón.

—Aquí, de noche, en la copa de los árboles, duerme

la Luna su sueño de plata, sin atreverse a aclarar las penumbras propicias al amor.

Hubo una pausa grave, toda preñada de pequeñas sensaciones, como si por entre el breve espacio que separaba los cabellos perfumados de Isabel y los labios temblorosos de Demetrio, hubiese pasado, rozándoles a los dos, la flecha envenenada y dulce del niño ciego.

El aun insistió:

—¡Si pudiéramos pasar aquí unas horas solos! ¡Es usted tan bonita, Isabel, y el alma de este cerro está hecha de besos de enamorados!

Ella enrojeció y exclamó deteniéndose, sin mirarle, mientras rompía una varita de escamujo que tenía entre las manos:

—¡No hable usted así por Dios! Usted tiene que irse, usted se va...

Callaron. En el azul profundo brillaba la primera estrella y entre la fronda cantaba un ruiseñor.

....

Desde entonces la frívola ligereza de aquel *flirt*, que había empezado a bordo y que Demetrio atribuyó a la soledad, al aburrimiento, a la carencia de mujeres, o a la complicación poética del mar, fué tomando en pocas horas la consistencia de un idilio, que ambos llenaban un poco inconscientemente, vencidos por la ocasión; él, con un romanticismo sensual, lleno a la par de ansias aventureras y lascivas, de ardor voluptuoso y de vanidad, de sensaciones y emociones, de espíritu y materia, de idealismo lúbrico y de lujuria idealizada como en algunos versos simbolistas; ella, con el ensueño vago, literatizado y romancesco, de la señorita que ha leído novelas, que

viaja por primera vez, que siente el despertar de ardores insospechados, y ama, sin darse cuenta, lo externo y lo inocente del amor, las palabras de miel, las miradas tiernas, la flor que ha de marchitarse luego en un libro de horas y el acicate dulciamargo de una inquietud que llena el alma unos instantes y da ganas de llorar, y hace agradable y seria la vida, sin explicar todavía su sentido.

Fueron al teatro una noche y recorrieron otro día la ciudad. Siempre juntos, muy juntos, acompasando el ritmo de sus pasos y los latidos de sus corazones; derramando toda el alma por los ojos, como dos líquidos que se mezclasen luego en el aire. Ella sin pensar en el físico del galán, sintiendo sólo el halago de su olor a loción fina y a tabaco, un olor masculino y galante, de hombre amable, y dejándose arrullar por las inflexiones cálidas de su voz y por el interés de su palabra; él mirando a la mujer, gustándola con los ojos, adivinando el poema de su desnudez bajo las sedas, y sintiendo también *su calor* y su aroma delicado, a virgen limpia, y temblando cuando por casualidad se rozaban con las suyas aquellas manos suaves, que él hubiera querido sentir entre sus cabellos.

En el palco del teatro—representaban *Manon*—, él había ido traduciéndole las ternezas que el caballero Des Grieux cantaba en italiano; se las traducía para ella sola, hablándole muy bajito, sentado detrás de ella, muy cerca, casi juntando en la penumbra sus labios sitibundos al caracol rosado de la orejita de Isabel. El aliento del mozo resbalaba por el cuello alabastrino de la limeñita; él advertía cómo la sen-

sación de cosquillas le erizaba los rizos de la nuca y le granulaba en un escalofrío, imperceptiblemente, la piel tersa y sedosa. Ella volvióse varias veces, recomponiéndose en la silla, húmeda y brillante la mirada, con una inefable expresión de inquietud, de zozobra, de dulce, deseado e insoportable martirio. Al ayudarla a ponerse el abrigo Demetrio pudo advertir que Isabel tenía las manos sudorosas y calientes. Más tarde, en el comedor del hotel, mientras el formidable orador mejicano leía los periódicos y las demás señoras tomaban chocolate, Isabel y Demetrio se asomaban al balcón abierto bajo el encanto estrellado de la noche estival.

—¿Se va usted mañana? ¿Insiste usted en irse mañana?—preguntó ella—. ¿Tanto trabajo le cuesta a usted ir a Buenos Aires por la cordillera con nosotros?

—¿Para qué?—repuso Demetrio, y como advirtiera un reproche lleno de ternura en la mirada de Isabel, continuó—. Sí, ¿para qué? No lo tome usted a ofensa; acaso yo..., sin acaso, yo soy un aventurero, yo no tengo porvenir; voy a hacérmelo en Europa.

Balbucía, vacilaba, y se escuchaba a sí mismo, un poco asombrado de su propia sinceridad.

—Yo la quiero a usted Isabel. Sí; en dos días, en unas horas en que hemos estado siempre juntos, yo siento que nuestras almas se han juntado también para siempre. Y usted me quiere....

Calló un instante y la miró. Un rayo de luna le bañaba los cabellos, envolviéndola en un nimbo de plata, y pudo ver su rubor a la dulce claridad.

—Sí; usted me quiere—prosiguió—; no necesita

usted decírmelo. Usted me quiere y eso es lo que me aleja.

—¿Eso?—le interrumpió ella, lleno de franqueza y de dolor el rostro.

—Eso, sí. Porque yo no podría ser su marido ahora, porque yo no tengo porvenir, Isabel; porque seguir en estos amores que han nacido de repente, sin que usted quisiera, sin que yo quisiera, sería engañarla a usted, y yo no me siento capaz de engañarla; yo no quiero engañarla a usted. Es la primera vez que no quiero, que no puedo engañar. Me voy, debo irme. Este cariño de usted es como una flor que me ha prendido en el alma de repente, pero su perfume ha de llenarme toda la vida, porque esta flor, que es el recuerdo de usted, no habrá de marchitarse nunca, nunca... Dígame usted que me perdona; dígame usted que usted tampoco ha de olvidarme, Isabel.

Ella suspiró, y el suspiro le hinchó el pecho, tanto, que toda su silueta pareció crecer, crecer, como si su busto quisiera salirse del balcón, como si fuera a caerse a la calle.

—¿Me olvidará usted, Isabel? Yo no puedo seguirla; este amor nuestro es doloroso como una renunciación; pero así debe ser; yo no podría ahora ofrecerla nada serio, nada duradero; yo no puedo casarme. Pero dígame usted que no me olvidará, Isabel.

—¡Nunca, nunca!—casi sollozó la limeñita.

En el fondo obscuro de cada una de sus pupilas, dos lágrimas, dos gotas, como dos diamantes, brillaron sin caer. Una asomó hasta las pestañas, tembló un instante, asustada, como presintiendo el inmenso dolor de la caída, y rodó luego por la mejilla y cayó

como una perla en el dorso de su mano. Demetrio se había inclinado y la recogió con los labios.

—Niña, que es tarde; hay que descansar, ¿no?

Era la voz de su hermana casada que la llamaba desde el comedor.

Demetrio se despidió de todos porque salía en el tren de las ocho de la mañana. El caballero mejicano aún le espetó una interminable divagación acerca de las precauciones en los viajes; las dos señoras le tendieron la mano con una indiferencia afectuosa en la forma, la misma que supo fingir Isabel, usando por primera vez del disimulo que al sabio influjo del amor nacía en su alma de niña que empezaba a convertirse en mujer.

Demetrio pasó insomne toda la noche. Ya en su habitación, en aquella anónima habitación de hotel, sin fisonomía y sin carácter, que por la variedad, la inestabilidad y la frecuencia de sus moradores, no tenía ni la más remota huella espiritual de un alma que hubiese dejado allí la marca viva de un dolor o de una alegría, la más ligera muestra de una sensibilidad; entre las cuatro paredes con un vulgar papel rameado, sin un cuadro, desnudas como las de una cárcel, paseó su inquietud, suspensa el alma que, fuera del tiempo, sin vivir su instante, flotaba entre el dolor de alejarse y el ansia febril de llegar, con el pasado detrás, con el porvenir delante, y vacío el presente, sin provecho y sin tiempo que dedicarle, presa entre dos zozobras, una nostalgia y una esperanza.

Abrió el balcón y contempló la noche unos momentos. Allá abajo, en la lejanía azul, de un claro azul

luminoso y caliente, se dibujaba la estación con sus techumbres grises, y sus máquinas como un rebaño de elefantes dormidos. De pronto parecía despertarse uno y huír, gritando, con la trompa en alto y escupiendo llamas. Era alguna locomotora que aparecía y se alargaba luego arrastrando el convoy, que tornábase pequeño como una sierpe en el horizonte, y entraba y salía de los túneles como una enorme aguja que hilvanase montañas, mientras la chimenea dejaba en el cielo el cabo suelto de su cauda de fuego, como un hilo de oro. Un instante, bajo la noche estival, callada y triste, que hacían más silenciosa los jadeos lejanos de los trenes, sintió que lo invadía aquella tristeza vaga, que él, sin familia ya, sin la razón de un afecto, había sentido tantas veces en los muelles, las dársenas y las estaciones.

Se metió en el lecho; pero en vano trató de conciliar el sueño. El libro que leía, una obra de José Enrique Rodó, el joven maestro uruguayo, que le había recomendado Eduardo, no lograba retener su atención ni fatigar sus ojos. Apuró cigarrillo tras cigarrillo; encendió y apagó la luz varias veces, y, equivocándose en una ocasión, en vez de encender, llamó al timbre, y hubo de dar explicaciones y pedir, por pedir algo, una taza de te al mozo que llegaba gruñendo.

Sentía un desasosiego invencible en los nervios, y en los labios el regusto de aquella lágrima salada y tibia y la impresión fresca y fina de la piel donde la había recogido. Dado como era al autoanálisis, interrogábase a sí mismo. ¿Por qué, ya que tanto gustaba de las aventuras, no había lanzado a su corazón



... pedir, por pedir algo, una taza de te al mozo...

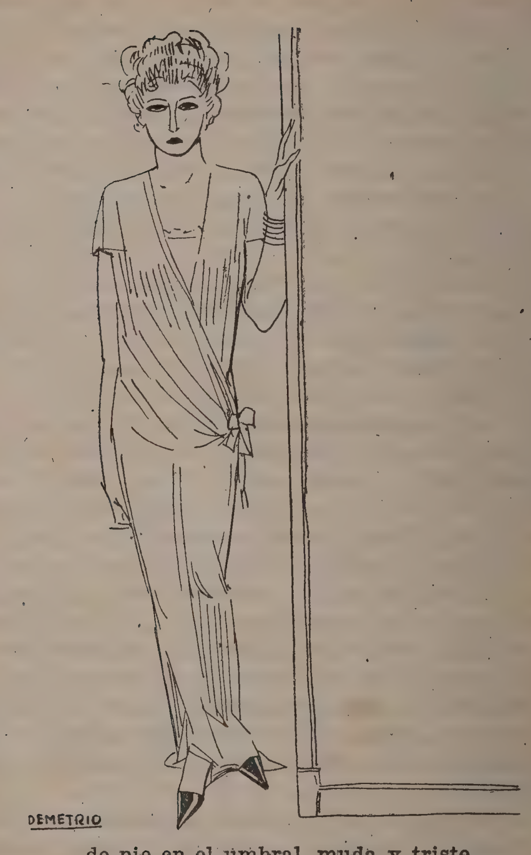
en ésta que le brindaba el acaso? Nunca, tras tantos amores fáciles como había saboreado en su vida errante, ni aun en aquella parodia de noviazgo que inició en Iquique por no tener que hacer, había sentido tan en lo hondo, tan dentro de sí mismo, la atracción irresistible, el deseo de ver, de hablar, de besar a una mujer y la obsesión de pensar en ella constantemente. Bendecía a la casualidad, que, al fin, habíale revelado su capacidad amatoria, en la cual hasta entonces no creyera jamás; pero se preguntaba al mismo tiempo, ¿si es así, si la quiero, por qué no la he seguido? Comenzó a darse un sin fin de razones: la económica, porque su magra bolsa no le permitía perder el billete del vapor Oropesa y comprar otro para ir por tierra a Buenos Aires; el miedo, acaso, a los discursos interminables del sempiterno orador mejicano; lo absurdo de seguir a una desconocida cuya inocencia bien pudiera ser una ficción... Pero más se perdía en estos razonamientos y más claro decíale la voz de su sinceridad que trataba en vano de engañarse a sí mismo. El nunca fuera avaro ni codicioso, y la idea de no gastar los pocos miles de pesos chilenos que aun le quedaban no era admisible; él nunca había vacilado en gastos ante el capricho despertado por unos ojos, unos labios o unas formas de mujer; para los discursos del implacable mejicano le sobraban despachaderas; la autenticidad, la sinceridad de la inocencia de Isabel, tampoco le hubieran inquietado gran cosa, y, por el contrario, pues que le gustaba, hubiérase aprovechado al fin y a la postre de aquella disimulada liviandad, y si no era nada de eso, y si en su espíritu aventurero

no cabía el escrúpulo de no engañar a aquella pobre chica, como ya había engañado a su novia de Iquique, ¿qué era, pues, lo que le hacía romper el idilio? Buscando la causa, y pensando en su buen amigo Eduardo, que pudiera habérsela explicado, pues que sabía de psicologías, oyó sonar las cuatro, las cinco de la mañana, y no había acabado de dormirse cuando la llamada del mozo le hizo saltar del lecho.

—Son las seis, *pu patrón*, y a las siete y media hay que salir.

Entonces, ante la perspectiva del viaje, ante la idea de partir, sintió Demetrio renovada toda su energía y comprendió de pronto cómo era el deseo de ir a Europa, de ver mundos, de rodar, de navegar, en fin, lo que le empujaba lejos de aquel nuevo amor y de aquella América demasiado joven. No, no; para ser esclavo de unos ojos negros, para quedarse prisionero en otros brazos, no había él roto sus amores con Rosa María. ¡Rosa María, Isabel, como Luisa, Elena o la que pudiera surgir, tanto daban: ellas significaban la esclavitud, acaso también la paz, la tranquilidad, el hogar formado, la vida segura; pero no era necesario vivir, según había dicho el latino, y navegar era necesario, y él quería navegar, tal vez porque le cantaba en la sangre la atávica herencia de algún antepasado guerrero y marino en aguas de Jonia, de un tatarabuelo pirata, de su abuelo mercader o de su padre, el diplomático griego e italiano de Siracusa.

Cuando salía de la habitación, ya dispuesto a irse, advirtió en la puerta de enfrente la blanca silueta de Isabel. Allí estaba la pobrecita, de pie en el um-



... de pie en el umbral, muda y triste...

bral, muda y triste, envuelta en un *pegnoir* vaporoso y claro, que se plegaba alrededor de su cuerpo de canéfora, ágil y vibrante en su quietud, llenas de las posibilidades de un armonioso movimiento de danza sus líneas majestuosas y serenas y al par graciosas y ondulantes, de estatua tanagrina. La fiebre ardía en sus ojos negros, acuosos y brillantes como un flúido.

—Buenos días, Isabel—empezó él.

Ella no le dijo más que adiós. Fué la única palabra, como la expresión de un gran dolor; a la vez que la decía se llevó la mano al pecho, donde, entre los cándidos encajes, lucía una enorme rosa roja, y arrancándosela, como si se arrancara el corazón, se la arrojó con un gesto desolado.

—*Good by, míster Melacrino*—exclamó en ese instante la *miss*, apareciendo como un fantasma en otra puerta.

Demetrio no le respondió, fijos los ojos en Isabel, que se refugió en su cuarto apenas vió llegar a la inglesa.

—Adiós, adiós, Demetrio—dijo aún la limeñita.

Todavía, al través de la puerta, oyó el viajero sus sollozos y la voz metálica de la inglesa que acudía a consolarla.

—*Ou darling, poor darling!*

Quedóse inmóvil un punto y luego bajó de prisa la escalera.

Tenía él también ganas de llorar, y llevaba entre los dedos la rosa roja, el corazón de Isabel.

Felipe Sassone.

AUTOMOVILES



FRENOS EN LAS CUATRO RUEDAS

PATENTE **NASH**

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 53

Tº 937-M

SUCE.º DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.